

UNA TERRORIFICA IDEA

YANIRE BERMEJO PINO

Aquellas navidades mis padres decidieron pasarlas en Herrera. Nunca pude imaginar los acontecimientos que estaban a punto de suceder, y todo por la típica cabezonería del ser humano o dicho de otra forma el “no hay narices”, era 31 de Diciembre y nos juntamos los 7 amigos del pueblo, sentados todos al calor de la única estufa que había en aquel cuarto, comiendo pipas hablábamos de como pasar la nochevieja que por horas se nos acercaba. Alguien dijo que podíamos comer las uvas los 7 juntos, a lo que otra persona replico: -sí, en el cementerio-, se hizo el silencio que fue roto por el típico -no hay narices-

En fin, allí se armó la marimorena, pero a las doce menos cuarto se quedó a la puerta del cementerio cuya cerradura sabíamos que estaba rota y podríamos entrar sin problemas, quedamos en llevar cada uno sus 12 uvas y con un móvil colocado en una tumba escucharíamos las campanadas. Allí nos presentamos todos a la hora indicada, íbamos provistos de frontales y de móviles para alumbrar.

La noche era fría, húmeda y muy oscura , demasiado oscura... bien llegado el momento encendimos móviles y frontales y nos dispusimos a entrar , 2 de la cuadrilla se rajaron y se quedaron en la puerta, nosotros 5 nos dispusimos entre risas miedosas a cruzar la verja, no podéis imaginar el rechinar, en la noche, de aquella puerta y nuestras risas se convirtieron en silencio sepulcral (nunca mejor dicho), ya dentro del cementerio yo misma elegí una tumba no muy lejana a la salida, allí en la lápida, planté mi móvil y lo conecté para ver y escuchar las campanadas. En verdad que fueron dos minutos eternos, con las luces no nos veíamos ni las caras , solo había sombras y silencio, roto por el jaleo que salía del móvil conectado para escuchar las campanadas, nos preparamos los cucuruchos de uvas y con esta guisa nos dispusimos a entrar en un nuevo año. Nunca imaginamos lo que se nos venía encima.

El móvil a tope de sonido y las campanadas empezaron a sonar... Comenzó la pesadilla. El teléfono se apagó y las campanadas comenzaron a cambiar de tono, nos quedamos con uvas en manos y boca y atónitos escuchamos como cambiaba el sonido ha campanadas de difuntos, como en día de

entierro.

En verdad que se erizó la piel, fui la última en salir corriendo, mis compañeros iban delante de mí como alma que lleva el diablo, solo podía ver sus sombras y las luces de móviles y frontales alumbrando para todos los lados, unas uvas impactaron con mi cara haciendo más patente mi terror.

Los dos que se quedaron afuera ya nos habían sacado un buen trecho. Una vez que nos encontramos ya en el pueblo y consideramos que estábamos seguros, todos me culpaban a mí de haber preparado el móvil para ese momento, entonces me di cuenta que el dichoso teléfono se había quedado en la lápida.

¿Qué hacer? ¿Quién va a cogerlo? Yo no me iba a quedar sin móvil.

Toda la noche sin dormir esperando el amanecer aunque alguno y alguna se querían hacer los remolones y desaparecer yo conseguí que los 7 al amanecer, y bien amanecido, volveríamos a por mí preciado móvil. Allí entramos todos, había uvas por todo el suelo, cogí el móvil y salimos corriendo.

Aquello quedo olvidado, mi móvil se quedó sin batería, apagado y estropeado nunca más pude volver a usarlo.

Mi terror fue cuando al año siguiente, celebrando en casa las 12 uvas, escuché mi móvil, ya guardado y retirado en un armario, como sonaba y salía de él otra vez el sonido a campanadas de difuntos...

Basado en un hecho real que sucedió en Herrera por una apuesta entre unos jóvenes que celebraron las campanadas con un despertador en el cementerio